

LA “NUEVA” IZQUIERDA LATINOAMERICANA: CARACTERÍSTICAS Y RETOS FUTUROS

Cindy Calvo Salazar*
cindyk01@ku.edu

Fecha de recepción: 10 octubre 2008 - Fecha de aceptación: 06 marzo 2009

Resumen

El objetivo principal de este ensayo es analizar a grandes rasgos, los orígenes, características y retos de la “nueva” izquierda en Latinoamérica, cuyo ascenso data de los últimos años e incluso meses, con un importante peso en la vida político social de varios países. Para el análisis de este fenómeno, se hará una exposición de sus rasgos comunes, tanto desde una perspectiva histórica como desde su nueva y diferente perspectiva actual, producto de los recientes cambios socioeconómicos internacionales. Los aportes de este ensayo esperan apoyar al debate actual del tema.

Palabras claves: Vieja izquierda, nueva izquierda, Latinoamérica, orígenes, características, retos futuros, escenario internacional.

Abstract

The main purpose of this paper is to analyze broadly, the origins, characteristics and challenges of the “new” left in Latin America, whose promotion dates from the last years or even months, with a significant weight in the political and social life of several countries. For the analysis of this topic, there will be an exhibition of their common features, from a historical perspective as well as its current development, product of recent international socioeconomic changes. This analysis hopes to contribute to the debate of the subject matter.

Key Words: Old left, new left, Latin America, genesis, characteristics, future challenges, and international arena.

Introducción

Hablar de la izquierda en Latinoamérica es todo un reto porque en sí mismo, es un tema que encierra una enorme controversia. Podemos encontrar una amplia gama de posiciones teóricas y prácticas, muchas veces similares o compartidas, pero también en total contraposición.

Mucho se ha hablado de ella –tal y como lo demuestra el enorme acervo bibliográfico sobre este tópico– y no es un secreto que, durante su trayectoria, ha despertado los más férreos intereses, las más extremas pasiones y las más fuertes críticas hacia ella.

Pero, hoy en día, es una realidad que la izquierda en Latinoamérica no “ha muerto” y, en este sentido, entran a escena una serie de críticas hacia quienes la lapidaron tempranamente. Un ejemplo de esto es la crítica dirigida a Jorge Castañeda, politólogo mexicano, quien expresó:

* Escuela de Trabajo Social, Universidad de Costa Rica, Sede Rodrigo Facio

La guerra fría ha terminado y el bloque socialista se derrumbó. Los Estados Unidos y el capitalismo triunfaron. Y quizás en ninguna parte ese triunfo se antoja tan claro y contundente como en América Latina. Nunca antes la democracia representativa, la economía del libre mercado y las efusiones oportunistas y sinceras de sentimientos pronorteamericanos habían poblado con tal persistencia el paisaje de la región[...] (Castañeda 1994: 9).

Tal y como lo señala Rodríguez, Barret y Chávez (2005) este tajante juicio absoluto explica el pronóstico y la prescripción con los cuales Castañeda cerraba su libro. Visto años después, en las conclusiones de Castañeda, sobresalen tanto la corrección de su dictamen del fin de un ciclo en la izquierda, como la incertidumbre de sus posibilidades en un futuro por venir.

Con este preámbulo, el objetivo principal de este ensayo es analizar a grandes rasgos, los orígenes, características y retos de la “nueva” izquierda en Latinoamérica, cuyo ascenso data de los últimos años e incluso meses. Para esto, se hará una exposición de sus rasgos comunes, sin pasar por alto la existencia de rasgos muy diversos; sin embargo, debido a la extensión del documento, no es posible adentrarse en las diferencias o particularidades de la izquierda en un análisis de casos. De esta manera, se ofrecerá a continuación una perspectiva del bosque de la nueva izquierda, que aporte al debate actual del tema.

La izquierda latinoamericana

En primer lugar, se hace necesario hacer la distinción conceptual sobre la izquierda en Latinoamérica. Comparto la definición de Clearly (2006) al mencionar que –en términos generales y con diferencias entre ellos– los partidos de izquierda se caracterizan por ser un movimiento político con antecedentes históricos en partidos socialistas o comunistas, movimientos sociales de bases, organizaciones populistas u otras fuerzas políticas, los cuales se enfrenten contra las fuerzas tradicionales, en busca de objetivos revolucionarios o de transformación.

Algunos de los acontecimientos catalogados como izquierdistas durante la primera mitad del siglo XX son:

- La revolución mexicana de principios de siglo (1910-1920), realizada bajo la consigna “Tierra y Libertad”
- La rebelión de los jóvenes oficiales brasileños, quienes ocuparon la ciudad de Sao Paulo durante un mes (1924) y una vez sofocada la insurrección, integran una columna comandada por el teniente Luis Carlos Prestes, líder comunista que recorre el país durante un largo tiempo hasta la disolución del frente.
- La lucha guerrillera de Sandino contra las tropas de ocupación estadounidense en Nicaragua (1927-1933).
- El levantamiento boliviano de 1952, en el cual los obreros organizados por el dirigente minero, Lechín, tuvieron un destacado papel y se inició un proceso revolucionario, con la figura de Víctor Paz Estensoro en el poder y la incorporación posterior del campesinado.
- El vanguardismo en Brasil (1934-1945) y el peronismo en Argentina (1945-1955), fenómenos populistas que dieron a los sectores populares conciencia de su dignidad y de su fuerza.
- Los gobiernos antiimperialistas de José Arévalo (1945-1950) y de Jacobo Arbenz en Guatemala (1951-1954), en los cuales se expropiaron los latifundios pertenecientes a grandes consorcios estadounidenses, especialmente de la United Fruit Company (Harnecker, 1999).
- Sobresale el caso de Cuba, tanto en la preparación del reinicio de la lucha armada entre 1953 y 1956, la lucha revolucionaria durante 1958, así como la defensa de la revolución en los primeros años de la construcción socialista (1961-1965) (Garófalo, 1997).

Para varios autores, la presencia de la izquierda en América Latina resulta un fenómeno complejo, constitutivo, de la originalidad de la región. No obstante, también comparte algunas características similares que pueden ser consideradas como el tronco común de donde se derivan

un buen número de partidos y movimientos sociales de izquierda.

Para Ramos (2001), desde su nacimiento, los partidos de izquierda oficiales se han caracterizado a lo largo de la historia por la defensa de los intereses de las clases excluidas bajo el orden oligárquico. Es así, como adquieren relevancia los movimientos de la clase obrera, los obreros agrícolas o campesinos, sectores de las clases medias y los artesanos.

El carácter obrero, campesino o pequeño burgués de estas formaciones de izquierda obedeció, en todos los casos, a la singular estructura social de cada país. Por ejemplo, el carácter campesino estuvo presente en los primeros años del socialismo brasileño y colombiano; se manifiesta una combinación entre obrero- campesino en el socialismo de Perú, Bolivia y, en los casos de Centroamérica, México, Ecuador, Uruguay y Venezuela se cuenta con una fuerte participación de la clase media.

En términos generales, el socialismo como doctrina política en América Latina data desde el siglo XIX, como el resultado del interés de ciertos sectores de intelectuales, acompañado además por las experiencias del movimiento obrero en Europa. Pero fue en la segunda mitad del siglo XX, cuando los inmigrantes europeos comenzaron a integrar los primeros grupos obreros en Argentina y México. En países donde el movimiento obrero era muy reducido, como en el caso de los países andinos, Centroamérica y Brasil, la idea socialista se ajustó a las reivindicaciones históricas de la masa indígena y campesina (Ramos, 2001).

El socialismo como base doctrinaria de la izquierda sufre una división interna, producto de la tensión ocurrida durante los años 20, entre la adopción de un nacionalismo identificador o un internacionalismo abstracto. De esta división surgieron dos de las principales vertientes de la familia socialista: los socialistas y los comunistas. Los primeros consideran que la lucha contra el imperialismo debía ajustarse a las condiciones locales de cada país y, por tanto, debía conservar la estructura original de los primeros partidos socialistas; por su parte, los comunistas se inclinaron hacia el internacionalismo, tomando al marxismo-leninismo como doctrina y aceptando

por tanto las 21 condiciones de la III Internacional o KOMINTERN –organización comunista internacional fundada en marzo de 1919, por iniciativa de Lenin y el Partido Comunista de Rusia y que agrupaba a los partidos comunistas de los distintos países (Caballero 1987; citado por Ramos, 2001).

Para algunos autores consultados, ya en los años 30, la izquierda latinoamericana se refería a dos partidos principales: los comunistas y los socialistas. Particularmente, en ese momento histórico, prevalecía la idea de la transformación de la realidad latinoamericana y del logro de profundos cambios sociopolíticos, con la posibilidad no lejana del cambio de una sociedad capitalista a una sociedad socialista (Toer y Martínez, 2006). No obstante, ambos partidos diferían en la manera de alcanzar dicha transformación: por un lado, los socialistas adoptaron la estrategia de transformación de la sociedad vía la reforma, o sea, la acumulación de reformas y el abandono de toda perspectiva de transformar la sociedad por vía de la violencia; los comunistas, por otro lado, se apegaron a una estrategia cambiante, subordinada a las directrices estratégicas del KOMINTERN y apoyaron el uso de la violencia armada para la toma del poder (Toer y Martínez, 2006).

Ahora bien, con respecto a esta división socialista-comunista existen opiniones diferentes. Para algunos estudiosos del tema, tal división no se produjo de una manera tajante y se dio sólo en algunos países, por cuanto es preferible considerar este aspecto como un fenómeno no generalizable.

La “vieja” y la “nueva” izquierda latinoamericana

Para varios autores, cuando se habla de la “vieja” izquierda Latinoamérica, se hace referencia a los hechos ocurridos en la región antes de la caída del bloque socialista en la Unión Soviética. En este sentido, para muchos, la revolución cubana en 1959 constituye el principal hito histórico para la izquierda latinoamericana. La revolución cubana fue considerada como un proceso político que no pretendía sólo derrocar a un dictador, sino además, seguir una línea revolucionaria de

transformación de la sociedad en beneficio de las grandes mayorías, para liberarlas de todas sus trabas económicas.

La toma del poder en Cuba se dio por medio de la insurrección armada. De 1952 a 1958 la dictadura de Batista canceló las libertades democráticas y colocó al país en dependencia del imperialismo norteamericano (Bernetti, 2003). La caducidad de las viejas oposiciones dio paso a una nueva alternativa política, liderada por Fidel Castro, quien retomó la antigua estrategia insurreccionalista de los grupos nacionalistas y populistas. La acción de la guerrilla del Movimiento 26 de julio (M-26-7) se constituyó en un nuevo punto de vista de oposición radical al régimen (Bernetti, 2003).

En este sentido, según García (2001), el papel más importante de la revolución cubana fue el de servir como ejemplo de firmeza y resistencia al mundo entero, no sólo al mostrar la existencia de una alternativa al capitalismo, sobre todo, al establecerse a sí misma como una fuerza para promover y difundir el nuevo pensamiento revolucionario en dicho momento de la historia. El caso cubano fue primordial en el surgimiento de la izquierda en Latinoamérica, el cual sin duda alguna, ha sido ampliamente documentado y analizado.

Entonces, no extraña que la revolución haya inspirado a la militancia latinoamericana más radical y proporcionado contundentes argumentos contra la vía pacífica adoptada por el socialismo en 1956. Para Harnecker (1999), muchos grupos adoptaron el uso de la lucha armada para el alcance de sus objetivos; pues para ese momento, surgieron una serie de movimientos de guerrillas, por ejemplo: las Fuerzas Armadas de Liberación Nacional, en Venezuela; las Fuerzas Armadas Rebeldes, en Guatemala; el Ejército de Liberación Nacional (ELN) en Perú; El Frente Sandinista en Nicaragua; el Ejército de Liberación Nacional, en Colombia; el Frente Guerrillero José Leonardo Chirinos y el Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR) de Moleiro, en Venezuela; la Asociación Cívica Nacional Revolucionaria, en México; la guerrilla del Che Guevara en Bolivia, entre otras.

Particularmente, el caso de la llegada al poder del partido Unidad Popular en Chile,

el acceso al poder del Frente Sandinista de Liberación Nacional en Nicaragua y los movimientos guerrilleros revolucionarios en El Salvador y Guatemala, además del caso cubano por supuesto, se convirtieron, en opinión de muchos autores, en acontecimientos de gran trascendencia que marcaron en gran medida la trayectoria de esta vieja izquierda latinoamericana.

Sin embargo, el impulso y desarrollo de estas primeras experiencias revolucionarias latinoamericanas se ve debilitado con el pasar del tiempo. Para Harnecker (1999), este proceso se vio fuertemente afectado por el debilitamiento de la Unión Soviética y a partir de 1985 -cuando inicia la Perestroika liderada por Mijail Gorbachov- se inicia un proceso de reestructuración del socialismo que derivó rápidamente hacia su desintegración. Para 1991, se desintegra la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas y ello ocasiona un drástico cambio en la correlación mundial de fuerzas; en relación con este hecho, para muchos analistas políticos y sociales (en relación con este aspecto, es posible encontrar opiniones diversas) se visualizaba en consecuencia, el fin de la izquierda latinoamericana, o mejor dicho, el final de la “vieja” izquierda latinoamericana (Castañeda, 1994).

Sin embargo, la izquierda latinoamericana no muere, por el contrario, resurge con importante peso en la vida política social de varios países; gracias a esto, podemos hablar entonces de una “nueva” izquierda latinoamericana. Al respecto, comparto la diferenciación que realiza Rodríguez, Barret y Chávez (2005) sobre el uso del término “nueva izquierda”, el cual refiere principalmente a la descripción de formaciones de izquierda recientes, ubicadas durante los años 90 y primera década del nuevo milenio.

La nueva izquierda en Latinoamérica aparece en un contexto diametralmente diferente al de su predecesora, marcado por la caída de la Unión Soviética y esto por un lado, ayudó a remover su estigma geopolítico (Castañeda, 2006). Junto a esta particularidad, el contexto de la “nueva” izquierda se caracteriza por un repliegue de los poderes militares -instaurados en el Cono sur- y un avance en partidos con un sistema de base democrático. Asimismo, se ve

fuertemente influenciada por los avances de la revolución científico-tecnológica y sus efectos en el proceso productivo, la globalización de la economía, la imposición del neoliberalismo como sistema hegemónico, las crisis financieras, el peso cada vez más preponderante de los medios de comunicación masiva y el papel de la deuda externa en la subordinación de los países latinoamericanos a los intereses de las grandes potencias (Harnecker, 1999).

En este entorno, aparecen, entonces, las transformaciones políticas en los gobiernos durante buena parte de los años 80 y 90 y las consecuentes repercusiones en los partidos reformistas y nacional-populares de los países. Para Rodríguez, Barret y Chávez (2005), muchos partidos vieron debilitadas sus bases ideológicas y sociales, seducidos por la ola neoliberal que se había tomado en la región en los años 80. El giro fue evidente en las políticas neoliberales aplicadas por partidos y coaliciones socialdemócratas y nacional-populares en la década de los 90, desde las del priísmo de Salinas, en México, hasta las del peronismo de Menem, en Argentina, y los gobiernos de la concertación, en Chile (Rodríguez, Barret y Chávez, 2005).

Además, dentro de esta coyuntura, puede considerarse también un importante debilitamiento en la izquierda social –entendida como movimientos sociales con específicas reivindicaciones y valores proclamados en sus formas de organización, en sus repertorios de acción y en sus entidades movilizadas– (Duterme, 2006), como producto de los efectos colaterales del neoliberalismo. Al respecto, Rodríguez, Barret y Chávez (2005) destacan como una importante característica de los efectos colaterales del neoliberalismo, el cambio radical de los sindicatos, forma organizativa predominante del siglo XX. Esto en parte, por el efecto combinado del aumento del desempleo, las privatizaciones, la flexibilización de las normas laborales, las migraciones masivas a las ciudades, el crecimiento de la economía informal y las crisis financieras de la era neoliberal, las cuales minaron las bases sociales del sindicalismo, conformando de esta manera, un proletariado disperso, muy distinto al de años atrás (Rodríguez, Barret y Chávez, 2005).

Desde este marco, ¿cómo se explica entonces un resurgimiento de la izquierda latinoamericana poco tiempo después de ser descartada como una opción política viable?

Algunos factores que explican el surgimiento de la nueva izquierda

Según el planteamiento de Rodríguez, Barret y Chávez (2005), los hechos pronto se encargaron de invalidar –comenzando con el movimiento zapatista de enero de 1994– el diagnóstico prematuro sobre el triunfo del neoliberalismo, la democracia liberal y la alineación de América Latina con Estados Unidos; así como, el pronóstico de una izquierda a la defensiva, limitada a explorar variaciones familiares de la economía de mercado y la democracia representativa.

Hoy en día, se encuentran partidos y figuras políticas que representan diferentes tendencias de izquierda y que gobiernan en Brasil, Argentina, Uruguay, Venezuela, Bolivia, Nicaragua y Paraguay (el más reciente), al igual que varias de las ciudades más importantes de la región, desde Bogotá y Ciudad de México hasta Montevideo, Caracas y Belo Horizonte.

De igual manera, los movimientos sociales de izquierda han pasado a ser fuerzas políticas fundamentales en diferentes países, como lo muestran, la influencia de los movimientos indígenas boliviano y ecuatoriano, la movilización de los campesinos sin tierra brasileños y el poder de la protesta de los desempleados o “piqueteros” argentinos en las postrimerías del colapso económico de diciembre de 2001, en su país (Rodríguez, Barret y Chávez 2005).

Los principales factores que explican su resurgimiento se encuentran dispersos en una amplia gama de autores, los cuales en alguna medida se alejan o encuentran en sus planteamientos. No obstante, para el propósito de este artículo, se tomarán fundamentalmente las ideas de Clearly (2006), Rodríguez, Barret y Chávez (2005), Duterme (2006) y Castañeda (2006), por compartir planteamientos similares.

Los autores señalan la existencia de una serie de factores internos y externos. En primer lugar, se identifica la crisis económica experimentada en los

años 90, época cuando –según Rodríguez, Barret y Chávez– se comienzan a sentir los estragos de la apertura incondicional de las economías de la región a los flujos de bienes, servicios y capitales. Como ha sido ampliamente documentado, los efectos negativos del neoliberalismo sobre el crecimiento, la desigualdad y la pobreza fueron especialmente evidentes en los países que, por haber sido golpeados con mayor dureza por la crisis de la deuda de 1982, habían adoptado programas de ajuste estructural (PAE) promovidos por agencias financieras internacionales.

En consecuencia y por ejemplo, en México –producto de la crisis económica y el descontento de amplios sectores de la población– se produce el levantamiento zapatista y su convocatoria en 1996 a un “Encuentro Americano por la Humanidad y contra el Neoliberalismo”, en Chiapas. En Brasil, la crisis energética inducida por la indecisión del presidente Enrique Cardoso de privatizar el eficiente sistema energético estatal, generó un descontento generalizado con el neoliberalismo, que aumentó el apoyo hacia Lula da Silva a la presidencia, en 2002.

De igual manera, mencionan el colapso argentino del 2001, como indicio de la muerte del experimento de reforma neoliberal más radical de los años noventa en la región y que abrió paso al gobierno de centroizquierda de Kirchner. También, los efectos regresivos de las drásticas reformas bolivianas y ecuatorianas de las décadas de los 80 y 90 dispararon el movimiento social de protesta de campesinos, indígenas y trabajadores urbanos y el ascenso de poderosos movimientos sociales y de partidos de izquierda.

Debemos agregar, la reacción contra la “sociedad dual”, alimentada por el ajuste estructural en Venezuela, la cual fue canalizada por el Movimiento Quinta República y que explica, en cierta medida, el apoyo electoral sólido de los sectores populares al gobierno de Hugo Chávez durante ocho elecciones locales y nacionales consecutivas. Esto, por supuesto, entre otros movimientos de trascendencia para la izquierda en la región.

En este sentido, todos los autores consultados coinciden en cómo, a pesar de algunos alcances en la estabilización del crecimiento

macroeconómico, la desigualdad y la inequidad en la distribución de la riqueza hacen de Latinoamérica una región políticamente vulnerable, al existir grandes mayorías de población con deterioradas condiciones de vida y en abierto descontento con la forma de dirección de los gobiernos tradicionales.

Asimismo, Duterme (2006) hace mención de algunas importantes conclusiones extraídas del informe “*La democracia en América Latina*” para el año 2004 del Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD), en este aspecto, se señala la preocupación existente en materia de la consolidación de la democracia en la región, la cual se encuentra gravemente amenazada ya sea por los débiles niveles de participación en las elecciones, por la marginación sistemática de las voces alternativas por parte del sistema político y por la pérdida manifiesta de confianza de la población en los partidos políticos tradicionales. Esta situación, entonces, se convierte en un impulso y apoyo para los partidos de izquierda, los cuales, en general, procuran un estado de mayor bienestar para la población más desprotegida.

El segundo factor para explicar el ascenso de la izquierda, está relacionado con el planteamiento que realiza Clearly (2006), al afirmar que el apoyo actual hacia la izquierda en algunos países se relaciona directamente con el nivel o naturaleza de los movimientos políticos de parte de las masas, alcanzados en décadas anteriores. Es decir, aquellos países con un apoyo histórico de movimientos sociales, organizaciones de trabajadores, organizaciones indígenas o campesinas; dichas formaciones son cimiento para que aparezcan en escena partidos de izquierda con importante apoyo y poder para ser elegidos democráticamente. Lo anterior, lo confirma el caso de Argentina, Bolivia, Chile, Brasil y Venezuela, países en donde actualmente se tienen presidentes de izquierda, quienes han sido precedidos por exitosos movimientos sociales, de trabajadores, indígenas o campesinos.

De igual forma, Rodríguez, Barret y Chávez (2005), también explican el despegue de la nueva izquierda en relación con el surgimiento de nuevos actores políticos que vinieron a compensar el declive de los sindicatos. Aunque éstos

continúan siendo parte central de la izquierda, buena parte de su novedad organizativa e ideológica proviene del movimiento indígena, de las organizaciones campesinas, de los movimientos de desempleados, de la movilización de trabajadores rurales sin tierra, de las organizaciones de negritudes, del movimiento feminista y de otras formas de movilización social. De hecho, esta variedad y pluralidad de actores es uno de los rasgos fundamentales de la nueva izquierda Latinoamérica (Álvarez, Dagnino y Escobar 1998; citados por Rodríguez, Barret y Chávez 2005).

En tercer lugar, los autores consultados, coinciden en el papel fundamental que juega el descrédito y la crisis interna de partidos tradicionales, hasta hace poco arraigados con solidez en los sistemas políticos de toda la región, lo cual ha creado oportunidades políticas que las nuevas formaciones de izquierda han explotado. Específicamente, Rodríguez, Barret y Chávez, apuntan cómo tras la transición a la democracia en casi toda la región, se evidenció la incapacidad o la falta de voluntad política de buena parte de los partidos tradicionales de convertir la voluntad popular en políticas de gobierno.

Finalmente, estos autores señalan el fortalecimiento de la nueva izquierda latinoamericana gracias a la revitalización de la izquierda internacional, a partir de las protestas de Seattle, en 1999 y del surgimiento de un movimiento global contra el neoliberalismo y la guerra. Según lo menciona Boaventura de Sousa Santos, en Rodríguez, Barret y Chávez (2005), se trata de una izquierda internacional muy descentralizada y diversa, cuyo nodo es el Foro Social Mundial (FSM) y cuyas manifestaciones se encuentran en un número creciente de encuentros nacionales y regionales, protestas en ciudades alrededor del mundo y organizaciones que fomentan programas económicos y progresistas.

Características de la nueva izquierda latinoamericana

De manera general, algunos autores concuerdan con los siguientes rasgos característicos de la nueva izquierda en la región. Primero, en

clara contraposición con la vieja izquierda en el mundo, los actuales partidos o movimientos abandonan las violentas y revolucionarias ideologías y tácticas del inicio, por estrategias políticas que les aseguran un espacio en la arena política, a través de vías democráticas. Este elemento ha sido fundamental en esta transición, pues les brinda a los movimientos de izquierda actuales la necesaria legitimidad social y política para constituirse en una genuina fuerza de cambio, tanto a nivel nacional como internacional.

No obstante, dicha transición fue lenta en algunos países. Tal y como lo señala Castañeda (2006), el cambio de perspectiva constituyó un proceso pausado, principalmente en países con un pasado militar autoritario, donde fue necesaria la alianza con partidos de derecha con tal de asegurar la estabilidad democrática y, de esta manera, poder regresar a la arena política de manera independiente y con su propia agenda de gobierno.

De igual manera y según se ha mencionado con anterioridad, el presente contexto económico neoliberal es una característica fundamental que, en la actualidad, les impone a los partidos de izquierda importantes barreras y límites de maniobra en cuanto al alcance de objetivos de reforma más radicales, especialmente en lo relacionado con restricciones en las áreas comerciales, políticas, fiscales y pago de la deuda externa. En este sentido, los partidos de izquierda han debido adaptarse a las actuales condiciones mundiales y reestructurar su posición en la búsqueda de un margen de maniobra más moderado, es decir, entre el alcance de sus objetivos y el cumplimiento de las medidas económicas establecidas por organismos financieros internacionales.

Por otro lado, tanto Rodríguez, Barret, Chávez y Harnecker, coinciden en afirmar que en contraste con la unidad teórica y la centralización estratégica de la vieja izquierda, la nueva izquierda se distingue más bien por una pluralidad. Se trata de coaliciones o de redes cuyas organizaciones integrantes contribuyen a propósitos políticos comunes. A este respecto, Rodríguez, Barret y Chávez, particularmente, mencionan cómo, ahora más que nunca, la estrategia de las fuerzas de izquierda está lejos de la

idea leninista con la toma del poder nacional, así como el de la visión extrema de concebirla como una red internacional hiperdescentralizada (Rodríguez, Barret y Chávez 2005).

Por su parte, Harnecker (1999) destaca el papel de los gobiernos locales y el impulso de la participación de la sociedad civil como aspectos característicos de trascendental importancia en el momento actual. En relación con lo anterior, la autora se refiere a experiencias relativamente recientes, estudiadas principalmente en los años 90, las cuales sirven de base para explicar este fenómeno. En su libro, ella se refiere fundamentalmente a ocho experiencias de gestión municipal: la Intendencia de Montevideo del Frente Amplio de Paraguay, cinco alcaldías gobernadas por el Partido de los Trabajadores en Brasil y dos por la ex Causa R de Venezuela.

Si bien, menciona que no todos los sectores de la izquierda comparten la visión de trascendencia del trabajo en los gobiernos locales, para ella, dichos espacios de participación popular, se proponen superar el estilo tradicional profundamente antidemocrático de gobierno, por el cual se concentra el poder en pocas manos y se ignora a la gran mayoría de la población. En cambio, se busca aumentar el papel protagónico de las personas, mediante un ejercicio participativo, donde se delegue el poder de decisión a la ciudadanía con el fin de combatir las desviaciones tradicionales tales como: abusos de poder, favores o clientelismo. En este sentido, es muy similar el planteamiento de Rodríguez, Barret y Chávez (2005), al señalar la importancia de la reivindicación de la sociedad civil como espacio de acción política.

Finalmente, también se señala la multiplicidad de bases sociales y agendas políticas propias de esta nueva izquierda. En efecto, algunas de las movilizaciones contemporáneas más eficaces, se caracterizan por involucrar a muy diversos actores cuyas agendas están fundadas tanto en reivindicaciones clásicas de igualdad social como en demandas de respeto a las diferencias (Rodríguez, Barret y Chávez, 2005).

De esta manera, como lo han mostrado analistas, buena parte de lo novedoso de la nueva

izquierda radica en que a sus preocupaciones clásicas, se han agregado agendas diversas relacionadas con los temas de la etnicidad, el género, la raza y otras fuentes de desigualdad. Para mencionar sólo uno de los ejemplos más visibles, la reivindicación del derecho a la diferencia cultural y a la autodeterminación ha pasado a ser parte central de la agenda de la izquierda, desde los levantamientos indígenas en Ecuador, Bolivia y México, en los últimos quince años (Rodríguez, Barret y Chávez, 2005).

Sin embargo, a este punto del análisis, también se vuelve interesante –a pesar de las valoraciones subyacentes– la posición de Jorge Castañeda (2006), al caracterizar a la nueva izquierda de la región como dos caras de una moneda. El autor afirma que existen dos izquierdas, la “buena”, radical en cuanto a sus raíces pero ahora de mente abierta y moderna; y la “mala”, de mente cerrada y fuertemente populista. Para él, la primera es consciente de los errores del pasado (como lo acontecido con Cuba y la Unión Soviética) y ha cambiado por consiguiente. La segunda, no lo ha hecho.

En este sentido, Castañeda (2006) rescata la necesidad de aprender de los errores del pasado y manejarse en el actual contexto internacional para sacar ventaja de los espacios otorgados democráticamente, formando alianzas o coaliciones a nivel de la Región. Destaca el error al que se podría llegar, en el caso de dividir a Latinoamérica entre quienes apoyan o no a los Estados Unidos de Norteamérica. Para él, es inútil tal escisión ideológica, tomando en cuenta el fin de la Guerra fría.

También destaca la negativa imagen de líderes con gran peso populista en la región, quienes han adoptado una serie de medidas, las cuales más que transformadoras, pueden ser catalogadas como populistas y se han preocupado por asegurar el poder y dominio del partido, en lugar de asegurar mejores niveles de vida en la población. Al respecto, este autor y otros críticos del tema, toman el ejemplo de Hugo Chávez, en Venezuela, así como el caso de Evo Morales, en Bolivia; principalmente en lo relacionado con sus estilos de gobierno y la preocupación de limitar el sistema democrático alcanzado en dichos países.

Retos o desafíos de la "nueva" izquierda

Producto de lo anterior, podemos decir que el resurgimiento de la izquierda es palpable y está caracterizado por importantes diferencias desde sus inicios. En este nuevo marco de acción, para la mayoría de los autores consultados, la izquierda se enfrenta, principalmente al reto de consolidar la democracia y la participación popular, la valorización del pluralismo, así como la búsqueda de una salida alternativa al neoliberalismo.

Conuerdo con Rodríguez, Barret y Chávez (2005), al aseverar que la búsqueda de una salida al neoliberalismo es un asunto complejo. La solución no sólo se encuentra con la movilización de sectores sociales para canalizar de alguna manera el descontento por el neoliberalismo. También es necesaria la construcción de alternativas que traduzcan el descontento en experiencias locales y políticas nacionales, las cuales ayuden a promover la equidad en el corto plazo y que además sean sostenibles en el mediano y largo plazo.

Según estos autores, el ejemplo más claro de esta dificultad son las tendencias de los partidos de izquierda que han llegado a las administraciones locales y nacionales. La encrucijada es tanto económica como política. Sujetos a las presiones de los mercados globales y mecanismos financieros internacionales, los cuales exigen ortodoxia en el manejo de la economía y, al mismo tiempo, al escrutinio de los electores, quienes votaron por cambios en la economía. En este sentido, entra en juego la disyuntiva entre profundizar el neoliberalismo o implementar alternativas viables frente a éste y de allí depende en buena parte, la supervivencia de la izquierda como opción de gobierno (Rodríguez, Barret y Chávez, 2005).

Boaventura de Sousa Santos, en Rodríguez, Barret y Chávez (2005), señala la presencia de algunas disyuntivas en el largo plazo de la izquierda, debido principalmente, a la distancia entre las prácticas de la izquierda latinoamericana y las teorías clásicas. Para él, en el pasado, cuanto mayor era la diferencia de ese horizonte en relación con el panorama del capitalismo en el presente, más radical era la concepción de la vía de actuación; de ahí, surgió una grieta entre

revolución y reforma. Hoy en día esa fisura ha sufrido una erosión paralela a la del largo plazo, continúa existiendo pero ha dejado de tener la consistencia y las consecuencias que tenía; es decir, esta distinción es relativamente flexible y sujeta a apropiaciones contradictorias. Hay procesos reformistas que parecen revolucionarios (Hugo Chávez) y procesos revolucionarios que parecen reformistas (zapatistas) e incluso procesos reformistas que ni siquiera parecen reformistas (Gobierno del PT) (Rodríguez, Barret y Chávez, 2005: 439).

No obstante, para algunos sí es posible lograr un balance consensuado sobre el desempeño de la izquierda. Este mismo autor, señala cómo -a pesar de existir un declive en las formas clásicas de organización y acción política, además de no tener el peso de la lucha de clases característico de la vieja izquierda de los años setenta-, el actual período ha sido un lapso rico en innovación y creatividad durante el cual la izquierda se renovó mediante nuevas luchas, nuevas formas de acción colectiva y nuevos objetivos políticos (Rodríguez, Barret y Chávez, 2005: 439). En este sentido, algunos defienden esta idea de renovación porque se rompen los dogmatismos y se amplían las formas de acción colectiva y las bases sociales que la sustentan, lo cual en teoría, permite develar nuevas vulnerabilidades en el adversario (Rodríguez, Barret y Chávez, 2005: 440).

Desde esta perspectiva y dentro del actual marco de la izquierda latinoamericana, resulta necesaria una renovación política, nuevos paradigmas de acción transformadora y progresista, sobre la base de pluralidades. Boaventura de Sousa Santos en Rodríguez, Barret y Chávez (2005), hace mención de los siguientes retos y aspectos a considerar en el análisis de la nueva izquierda:

- 1) Dar prioridad a las acciones colectivas concretas, lo cual significa no desperdiciar o debilitar ninguna experiencia social de resistencia por parte de los oprimidos, explotados o excluidos.
- 2) Las disputas teóricas deben tener lugar en el contexto de las acciones y siempre con el objetivo de hacerlas más viables y fortalecerlas.

- 3) El éxito de las acciones colectivas se mide por la capacidad de acción colectiva para cambiar el terreno y los términos del conflicto en el transcurrir de la lucha, pero a su vez es este éxito el que mide la corrección de las posiciones teóricas asumidas. La concepción pragmática (a partir de los resultados) de la corrección teórica crea una disponibilidad para la despolarización de las pluralidades a medida que transcurre la acción (Rodríguez, Barret y Chávez, 2005: 445).

Por otra parte y siguiendo una línea de pensamiento similar a la anterior, Hernecker (1999) plantea la urgente necesidad de la izquierda latinoamericana de asumir:

- 1) Una ideología democrática en todos los aspectos del movimiento: para que una organización tenga una vida interna democrática, es fundamental que ésta crea en los espacios para el debate, la construcción de posiciones y el enriquecimiento mutuo, evitando sancionar las posiciones discrepantes.
- 2) La democratización del debate, en donde se abran verdaderos espacios de discusión, y en donde lo lógico sería, la no existencia de agrupamientos permanentes o que, al menos en algunos temas –especialmente en los nuevos– las personas pudiesen reagruparse de manera diferente; por ejemplo, dicha autora hace mención de la experiencia de Porto Alegre, en donde el gobierno de esa ciudad –ganado por tercera vez consecutivas por el Partido de los Trabajadores– las distintas tendencias de este partido se van alternando en el cargo de alcaldes y estos alcaldes forman sus equipos de gobierno con representantes de distintas tendencias.
- 3) El papel fundamental que pueden jugar las consultas populares realizadas por la organización política, las cuales se convierten en un buen recurso para el logro de legitimidad social y política; al respecto, Hernecker menciona el caso de consultas a la población realizadas con éxito en América Latina, por ejemplo: cuando en Venezuela, La Causa R realizó un referéndum popular unos meses

después del golpe militar encabezado por Hugo Chávez y su movimiento bolivariano; las consultas realizadas por el EZLN en México, a saber, la Consulta Nacional por la Paz y la Democracia a cargo del Movimiento Civil Zapatista en 1995, en la cual participó un millón trescientas mil personas.

- 4) El reto de valorizar el pluralismo, es decir, la organización política no sólo debe ser democrática hacia adentro, sino también hacia fuera (Hernecker, 1999).

Lo anterior, sin duda alguna, supone la identificación de enormes retos y dependerá de la inteligencia, de las capacidades de los gobiernos así como de la cooperación nacional e internacional, que la nueva izquierda logre consolidarse con mayor fuerza en el mediano y largo plazo. Esto, en cuanto la izquierda no tiene todavía un terreno asegurado y depende en gran medida de su habilidad para conseguir manejar los múltiples factores anteriormente mencionados en la búsqueda por canalizar y responder a las verdaderas necesidades de las mayorías.

Finalmente, considero pertinente reconocer las propias limitaciones de la izquierda. En este sentido, Boaventura de Sousa Santos en Rodríguez, Barret y Chávez (2005), rescata el improductivo resultado que puede causar la división entre reformismo y revolución en el momento actual, pues nos encontramos con condiciones políticas diferentes. Anteriormente, se trataba de una opción de principio entre medios legales y medios ilegales de toma del poder y, consecuentemente, entre una toma gradual y pacífica y una toma abrupta y violenta. En cualquiera de los dos casos, para este autor, la toma del poder era considerada la construcción de una sociedad socialista como precondition. Sin embargo, parece ser que ninguna de las estrategias logró alcanzar sus objetivos y con ello, la oposición entre ambas se transformó en complicidad (Rodríguez, Barret y Chávez, 2005: 447). Más que una división tajante, esta distinción puede ser considerada como acciones complementarias que varían dependiendo de los alcances y objetivos de acción en el largo plazo. Domina, por ello, un comportamiento estratégico, el cual puede ser tanto revolucionario como reformista.

En relación con esto último, considero importante recordar las propias palabras de Lenin, al advertir el peligro para el verdadero revolucionario, el cual consiste en exagerar el revolucionarismo; es decir, ignorar los límites y condiciones por los cuales los métodos reformistas o revolucionarios resultan adecuados y eficaces. De acuerdo con Lenin

[...] casi todos los revolucionarios auténticos fracasaron cuando se pusieron a escribir la palabra "revolución" con mayúscula, a elevar la "revolución" a algo divino, a perder la cabeza y la capacidad de reflexionar, analizar y comprobar con la mayor sensatez y calma en qué momento, en qué circunstancia y en qué esfera de acción se debe actuar de modo revolucionario y en qué momento, en qué circunstancias y en qué esfera es preciso pasar a la acción reformista] (Lenin, 1971; citado por Harnecker, 1999).

Es muy temprano para conocer con certeza los contornos, las limitaciones y el desenlace de la historia de las fuerzas de izquierda; pero esto no implica la posibilidad de dejar de soñar, aprender de las lecciones del pasado y posibilitar un futuro diferente.

Referencias bibliográficas

- Bernetti, J. (2003). *Latinoamérica: del new deal a la revolución cubana (1935-1961)*. Buenos Aires: de La Campana.
- Castañeda, J. (1994). *La utopía desarmada*. México: Planeta.
- Castañeda, J. (2006). *Latin America's left turn*. Foreign Affairs. Vol. 85, No. 3. p.28-45.
- Clearly, M. (2006). *A left turn in America: explaining the left's resurgence*. Journal of Democracy. Vol. 17, No.4. p. 35-49.
- Duterme, B. (2006). *Movimientos y poderes de izquierda en América Latina*. Venezuela: Editorial Laboratorio Educativo.
- García, J. (2001). *Cuban revolution reader: a documentary history of 40 key moments of the cuban revolution*. New York: Ocean Press.
- Garófalo, N. (1997). *Historia de la revolución cubana*. La Habana: Editorial Pueblo y Educación.
- Harnecker, M. (1999). *Haciendo posible lo imposible: la izquierda en el umbral del siglo XXI*. México: Siglo XXI Editores.
- Ramos, A. (2001). *Los partidos políticos latinoamericanos: un estudio comparativo*. Venezuela: Centro de Investigaciones de Política Comparada.
- Rodríguez, C., Barret, P. y Chávez, D. (2005). *La nueva izquierda latinoamericana*. Bogotá: Grupo Editorial Norma.
- Toer, M. y Martínez, P. (2006). *Las fuerzas alternativas de América Latina: de la KOMINTERN al foro de Porto Alegre*. Buenos Aires: Ediciones Cooperativas.